



ALFIL
LOS AÑOS OSCUROS
FRAN BARRERO

Alfil está en Nueva York trabajando como ayudante de un prestigioso fotógrafo, atrás han quedado Clara y el recuerdo de su familia en Barcelona, pero se plantea regresar a España y establecerse por su cuenta en Madrid.

Pasan unos años y el fotógrafo se ha hecho un hueco en el mercado, además de afianzar su vida en la capital. Allí conoce a Diana, una inspectora de policía con la que mantiene un romance durante unos meses.

Pasados unos años, Alfil decide matar para lograr la inspiración que necesita en su trabajo; lo que no espera es que sea la propia Diana la que se encargará del caso; entonces decide acercarse de nuevo a ella para controlar sus avances.

En esta última y definitiva entrega, podemos ser testigos de los años anteriores a *Alfil negro*, a los primeros crímenes y conocer también lo ocurrido tras marcharse a Nueva York.

Índice de contenido

Cubierta

Alfil Azul

Cita

Dedicatoria

Nota del autor

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Agradecimientos

Sobre el autor

«En el fondo son las relaciones con las personas
lo que da sentido a la vida.»

Karl Wilhelm Von Humboldt

*«En el amor hay siempre algo de locura, pero en
la locura también hay siempre algo de razón.»*

Friedrich Nietzsche

*«Nuestro gran tormento en la vida proviene de
que estamos solos y todos nuestros actos y
esfuerzos tienden a huir de esa soledad.»*

Guy de Maupassant

Para África.

Para todos aquellos que han leído la trilogía anterior y se lanzan a descubrir esta nueva entrega, quiero recordarles, por si lo han olvidado, lo ocurrido antes de los acontecimientos que a continuación se narran: Alfil fue adiestrado por sus abuelos tras la muerte temprana de sus padres y quedó completamente solo a los dieciocho años, los terribles sucesos ocurridos ese año en su familia y el accidente con Clara provocaron su partida hacia Estados Unidos. Han pasado cinco años y Alfil, tras estudiar Bellas Artes y Fotografía, pasa a trabajar como ayudante de uno de los mejores fotógrafos de moda y publicidad del mundo. Y ahora emprenderá su regreso para intentar hacerse un hueco en el difícil sector de la fotografía.

Tal vez resulte algo caótico por la disposición desordenada del tiempo durante las entregas, pero debes entender, querido lector, que los recuerdos de nuestra propia vida también llegan desordenados a nuestra mente, en función de cuándo y cómo los llamamos para evocarlos. Alfil no es más que el sueño de una vida escenificada por un personaje que nunca pretendió más que vivir tranquilo.

Prólogo

Recuerdo una conversación con mi abuelo, tendría yo trece años y jugábamos una partida de ajedrez en su pequeño despacho. La chimenea crepitaba al fondo, el olor a libros antiguos se mezclaba con su aliento de coñac y él sonreía al ver cómo yo había derribado su alfil blanco, la pieza que más usaba para ganarme. El sueño que arrastraba desapareció en cuanto pensé que podría vencerle por fin.

Entonces dejó de hablar sobre dialéctica, la clase de los martes, para darme uno de esos consejos que siempre he atesorado, a pesar de no estar totalmente seguro de sus significados, ya que todos ellos eran ambiguos o tenían una interpretación diferente en función mi edad o la situación en la que me encontrase cuando los recordaba.

—El futuro, pequeño Alfil —comenzó a decir con su voz seca—, es una página escrita para los mediocres, deseosos de poder leerla antes de tiempo; pero también es una página en blanco para los que triunfan, porque son conscientes de que son realmente ellos los que escribirán cada palabra de dicha página con su talento y ganas de mejora.

—¿Podré escribir mi futuro, abuelo?

—Solo si eres inteligente y despierto, así obtendrás el lápiz necesario para redactarlo.

—Ese lápiz es mi determinación, ¿verdad?

—Así es, tu empeño, además de tu sabiduría.

—Pues yo quiero ganarte al ajedrez con todas mis ganas y no lo consigo nunca.

—Ya habrá una primera vez, no es tan importante el logro como lo son el ímpetu y el tiempo que se dedican para llegar a él.

—¿Podré, entonces, tener el futuro que quiera?

—No siempre, ya que dependerá también de las personas a tu alrededor. Muchas circunstancias dependen de terceros, aunque tú podrás trabajar sobre ellas para adaptarlas a tus deseos.

—¿Manipular?

—Por supuesto. Es un arma para lograr tus objetivos, una tan válida como cualquier otra.

—Pero eso me hará egoísta.

—Sin duda. Pero recuerda que no debe haber nadie para ti más valioso que tú mismo, después de todo eres la única persona sin la cual no podrías vivir.

—Te toca mover, abuelo.

Deslizó la reina blanca por todo el tablero, despacio, y susurró:

—Mate en siete.

El reloj sobre la chimenea marcaba las once menos veinte, la sonrisa de mi abuelo era la de siempre, pero no mi decepción por perder cuando pensaba que esta vez iba a cambiar mi suerte. La suerte... tan esquiva como fiel amante, tan impredecible como el futuro, por mucho que mi abuelo se empeñase en hacerme creer en aquellos años que podría modelarlo como si de una figura de arcilla húmeda se tratase.

—Vete a dormir.

—Quedan veinte minutos para las once, podemos jugar otra vez, si quieres.

—No, estoy cansado.

—¿Y lo del futuro? ¿No me vas a contar nada más?

—Poco más te puedo decir, salvo que es tuyo, tu responsabilidad, tu obligación, tu siguiente paso... en firme o en falso. No dejes que nadie dé ese paso por ti, que nadie trate de desequilibrarte. ¿Me oyes? Nadie, ni siquiera yo.

Bueno, no sé lo que digo... olvídale, no debí beber tanto, mañana me dolerá la cabeza y tu abuela protestará diciendo que soy insoportable.

Me marché a dormir sin saber si aquello había sido una lección más o debía olvidarlo por tratarse de delirios producidos por el alcohol en mi anciano abuelo.

¿Qué es el futuro y quién lo decide? Woody Allen dijo que le interesaba su futuro porque era el sitio en el que iba a pasar el resto de su vida. Nietzsche aseguraba que solo aquellos que construyen su futuro tiene derecho a juzgar su pasado. Y Gilbert Keith Chesterson pensaba que el futuro es el refugio ante la feroz competencia de nuestros antepasados...

Tengo veintitrés años, casi el doble de edad que aquella noche, pero aún no me ha quedado claro, aún sigo percibiendo el presente como objetivo único.

Recuerdo el aliento de coñac en las partidas de ajedrez que siempre perdía, el crepitar y el calor que provenían de la chimenea, la voz rasgada dando consejos sin parar, como si yo fuese una libreta infinita en la que él pudiera anotar cada pensamiento o conclusión derivada de su experiencia, con vistas a crear un clon más perfecto de sí mismo. Recuerdo muchas cosas, demasiadas, pero no logro visualizar con nitidez el próximo paso a dar, ese que te lleva a escribir con el lápiz de las decisiones la siguiente página del libro de tu vida.

Capítulo 1

Septiembre de 2008

Había soñado con su abuelo. Siempre que lo hacía, temblaba al despertar.

Una suave y azulada luz entraba tímida a través de la ventana del dormitorio, se encontraba en la casa de ella, lo sabía porque nunca había llevado —ni lo haría— una chica a su piso. Claro que eso no respondía a la pregunta principal: ¿qué hacía aún allí? Lo más probable es que el cansancio tras una sesión de fotos de dieciocho horas lo hubiera derrotado. Jamás se había quedado dormido tras dar rienda suelta a un momento de... ¿pasión? No sabía si era pasión o solo saciar un instinto tan primario como el sexo; para él era el equivalente a levantarse en mitad de la noche para beber si sentía sed.

Ese momento de debilidad, con sus fuerzas al mínimo, tanto físicas como mentales, fue el que aprovechó el recuerdo de su difunto abuelo para atacar su mente desde el fondo de la memoria y dejar su impronta de rancia sabiduría en el paladar de Alfil.

La chica era preciosa, con un cabello infinito y blanco como la nieve, además de un cuerpo que parecía esculpido en perfecto mármol, más aún al ser acariciado en su desnudez por la luz de la luna que entraba por la ventana mientras dormía agotada. La había conocido esa misma noche en una fiesta de la revista Harper's Bazar a la que asistió por

compromiso, ya que ser ayudante de Steven Meisel, uno de los mejores fotógrafos de moda y publicidad del mundo, entrañaba ciertos deberes y obligaciones más allá de colocar las luces o ajustar los parámetros de su cámara Hasselblad.

«Sesiones de fotos infinitas, una ducha rápida y veinte minutos para llegar a la presentación del perfume o nueva campaña de esta firma o aquella. ¿Qué importa eso? Sonrisas tan perfectas como falsas. Saludos distantes. Sexo esporádico en los baños. Modelos demasiado jóvenes. Millonarios demasiado viejos. Contratos que se cierran tras unas líneas blancas dibujadas de improviso sobre una esquina de la mesa de cristal... Un mundo de cristal. De cristal sucio...».

La chica se llamaba Gabrielle Luss y era la modelo estrella esa temporada; más que eso, el descubrimiento del año, una angelical francesa de diecinueve años que casi había logrado un repóquer de altas marcas; tenía firmados a Christian Lacroix, Versace, Yves Saint Laurent y Hermès, pero se especulaba que pronto se haría oficial su incorporación al catálogo de perfumes de Chanel para Navidad, lo que la pondría en primera posición en el *ranking* de las mejor pagadas del año.

La niña bonita que todos querían tener cerca. Juventud, belleza, exotismo, triunfo, novedad... y lo más importante: Anna Wintur se la había birlado a Carine Roitfeld en su puta cara; ¿qué iba a hacer la directora de Vogue París, salvo lucir una sonrisa de basilisco y largarse con el rabo entre las piernas ante la *jefa*?

«Qué caros están los apartamentos en la Gran Manzana, los taxistas no saben inglés ni francés, algún que otro fotógrafo debería estar en la cárcel por acoso...». Todo eso y mucho más, igual de aburrido, le contaba anoche Gabrielle durante la fiesta, brindando sin parar con copas de Moët & Chandon, el champán que consideran elitista todos los que no han probado en su vida —ni lo harían jamás—

un Bollinger Special Cuvée o un Dom Pérignon Vintage. De buena gana la habría mandado a paseo, pero Alfil se divirtió de lo lindo marchándose de la fiesta con la chica agarrada de su cintura y ante la mirada de Marco Descio, el imbécil y engreído fotógrafo italiano que lo había rechazado como ayudante tres años atrás, y que no había ocultado en ningún momento su intención de llevarse a la cama a la chica.

«Esta noche te toca aliviar las ganas con una novicia, o buscar una crema de manos en el tocador donde guardas las antiarrugas, payaso».

Alfil no era muy dado a intimar con modelos, ya que detestaba el ego desmedido y la conversación tan infantil de chicas que habían empezado a trabajar y ganar mucho dinero a los quince años, por lo que dejaban los estudios y no solían tocar un libro más que para hacerse una foto que subir a redes sociales y así parecer interesantes; pero reconocía que en la cama eran espectaculares, cuerpos perfectos, piel de seda, rostros angelicales con bocas de fresa y, a pesar de su delgadez, eran capaces de aguantar dos o tres horas sin parar ni poner freno a ninguna petición que su amante ocasional les sugiriese. Para Alfil era una sesión extra de gimnasio, a veces acababa más exhausto que tras boxear.

Pocos recuerdos tenía de lo ocurrido unas horas antes, pero todos ellos le provocaban una sonrisa.

Se levantó y observó a través de la ventana, entonces se preguntó, una vez más, por qué solía hacer ese gesto por las noches. Sabía que su moto no estaría esperándolo en el callejón; fue en taxi a la fiesta y luego otro los llevó al piso de la chica en el Soho, de ese trayecto solo recordaría cómo Gabrielle se empeñó en comenzar la fiesta antes de tiempo. Abrió la bragueta de su pantalón y desapareció de repente del espejo retrovisor del taxista; Alfil le dedicó al tipo una mirada de circunstancia, luego le dio una generosa propina por haber mantenido la compostura y discreción.

Abajo, en el callejón, observó cómo un gato oscuro caminaba entre las sombras, el viento movía una página vieja de periódico en círculos y todo se sumía en el silencio mortecino de la noche. La noche, su momento favorito. Su hábitat.

Comenzó a vestirse despacio, aunque tampoco con el sigilo típico de un ladrón de guante blanco, ya que la chica no despertaría ni aunque cayese una bomba sobre el edificio. Ni sus amigas, modelos también, con las que compartía piso; eso en el caso de que ya hubiesen regresado de donde hubieran salido de fiesta esa noche, o de cerrar contratos suculentos. Era *vox populi* en el sector que un amplísimo porcentaje de modelos, que llegaban con ilusión al gran templo de la moda que era Nueva York, pasaban por las camas de productores, directores de campaña y fotógrafos de prestigio, como si de una ruleta de citas sexuales planificadas se tratase, para afianzar contactos y tener una oportunidad futura que pudiera solucionarles el año, o encumbrarlas como era su máximo deseo. En ese momento Alfil sonrió, Gabrielle no necesitaba eso, tenía el éxito escrito en la cara y prefería alternar con un chico más cercano a su edad, y que le gustase de veras, antes que contentar a cualquiera de los babosos que, como Marco Descio, la asediaban en eventos como el de antes. El chico no era más que un simple ayudante, pero eso no impidió que ella lo eligiese entre las mil quinientas personas de la fiesta.

Un buen detalle, pero no suficiente para que él le dejase el teléfono o se despidiera antes de salir. Estuvo a punto de acercarse y darle un beso en el cuello, pero lo dejó en una mirada dulce y una sonrisa.

«Otra vez será, preciosa. ¿Quién sabe?».

En la calle hacía frío, aunque era soportable. El otoño se anticipaba, pero no lograría atraparlo entre las calles de la ciudad. No, él estaría lejos de allí para cuando comenzaran a caer las hojas de los árboles. Muy lejos...